

# De Cangas de Onís

## *Al ilustre y olvidado literato Pío G. Rubín*

Juan F. de la Llana

Pocos conocen esta población. Cada vez que me encuentro en ella me acuerdo de la Ciudad antigua de *Fustel de Coerlange*.

Pasan y vienen y marchan y vuelven los viajeros al venerando sitio de Covadonga, cuna de tradiciones y leyendas. Cruzan por aquí a todo correr del tren, cuando el tren corre, o a todo impulso del motor de gasolina que imprime marcha al automóvil y, el viajero, preocupado con la obsesión de lo poderoso y de lo grande, evocando a Pelayo oyendo en sueños el gorgoteo del Sella humilde y sencillo que aún lleva rumores de cántigas moriscas y sonatas célticas a veces cuando se encrespa, sones roncros de clarines guerreros, en tales condiciones de espíritu, no se preocupa de que a la entrada de la Ciudad existe el antiguo convento de Villanueva, maravilla del arte bizantino, el puente de Cangas, coronado de hiedra, robusto y fuerte denotando el carácter férreo del pueblo que civilizó el mundo y un núcleo civilizado, trabajador, honrado y bueno.

Pues bien, hay que detenerse en Cangas de Onís. Y hay que verlo por dentro.

Tiene por escudo el escudo de Asturias. Bien merece llevarlo. Fue Corte de Reyes. Hoy lo es de intelectuales. Avisados y correctos son sus habitantes, hermosas, gitanescamente hermosas sus mujeres, de pelo greño, de mirada ardiente, de boca sonrosada, de marfileños dientes. Parecen producto de un cruce de raza entre el desierto tórrido y el Polo helado.

El contorno es encantador. Acostada en un altozano de la campiña pone el cangués las plantas en el Sella y ostenta la cabeza a la altura del monte. Los horizontes son verdes y frescos; lozana la vega, umbrosos y poéticos sus bosques poblados de robles, de castaños, de encinas, de abedules.

El marco es viejo; la pintura nueva. Parece Cangas un anciano sonriente, un niño con ropa limpia, un rincón de Asturias alumbrado por el sol de Andalucía, una huerta del Norte regada por el Guadalquivir o el Genil, por el Guadiana o el Júcar.

En Granada, en Sevilla, en Huelva, en Alicante, en Valencia, en Murcia, no hay mansión sin patio, ni casa sin reja, para que las flores y el amor se confundan en besos de fuego.

En Cangas no hay venta sin tiestos porque es este el instinto de lo bello, de lo artístico; hay el encanto y el perfume de la Naturaleza pródiga, cultivada y engrandecida por la mano de la mujer bella. Trepan por los balcones las pasionarias y los rosales, macizos de geranios descuélganse de los *terrados*, albahacas y romeros embalsaman y perfuman el ambiente, claveles de mil colores ábrense orgullosos porque saben que es el destino suyo adornar el seno de las hermosas, y no falta la adelfa, ni el crisantemo, ni la siempreviva destinada por el amor paterno para llevar una lágrima envuelta en pétalos en día triste sobre la tumba del hijo predilecto, que es por azar de la suerte el hijo perdido para siempre.

Por eso digo que Cangas es un pueblo grande. Como es grande el hombre por que tiene el corazón tierno y el alma pura. Donde hay el instinto de lo bello hay en el fondo del Ser el sentimiento de lo bueno.

Y donde se siente se piensa. Y donde se piensa se crea.

Por eso quiero a Cangas y quiero a los cangueses. Por soñadores, por ingenuos... Porque desde sus cumbres veo de cerca a Dios, porque son francos, porque respetan la tradición y viven en su propia fe.

Porque son poetas.

Y lo dijo no se quien que era poeta.

*Ingenium cui sit, cui mens diviniior atque os magna sonaturum.*

Juan F. de la Llana.  
Cangas de Onís.

LLANA, Juan F.[ernández] de la, “De Cangas de Onís. Al ilustre y olvidado literato Pío G. Rubín” en *El Auseva*, Cangas de Onís, 5 de agosto de 1911, año XXI, núm. 1.062, p. 1. Nota al título: “Crónica dirigida al colega “La República”, en ocasión reciente de hallarse entre nosotros, por el eminente y popular escritor, D. Juan F. de la Llana, que reproducimos con gusto”.